

Entre el Nilo Azul y el Atbara, el reino de Meroe fue, durante siete siglos, una de las civilizaciones más brillantes de la Antigüedad.

a conquistar Meroe. El reino iba a perdurar todavía unos siglos antes de extinguirse en circunstancias misteriosas, como ha sucedido con tantas civilizaciones.

Pero la historia no acabó ahí. A comienzos del s. XIX, Frédéric Cailliaud, explorador que se convirtió en mineralogista oficial del virrey de Egipto Mehmet Alí, remontó el valle del Nilo. Fue uno de los primeros europeos que penetró en Etiopía. En abril de 1821, vislumbró por fin los vestigios de Meroe. «Hay que imaginar la alegría que sentí al descubrir los vértices de un montón de pirámides doradas por los rayos del sol, todavía poco elevado sobre el horizonte» escribió. Meroe, que hasta entonces solo aparecía en la Biblia y los textos de la Antigüedad y que pasaba por ser un reino legendario, ya no era una fábula. De regreso a Francia, elaboró un informe sobre su extraordinario descubrimiento y lo tituló *Viaje a Meroe*.

Cailliaud se había instalado en Nantes para ejercer las funciones de conservador adjunto del Museo de Historia Natural. Sin duda, creía que había descubierto lo esencial de las maravillas de Meroe. Ignoraba que Giuseppe Ferlini iba a hacer el hallazgo más fabuloso

edificó numerosas necrópolis y pirámides, y alcanzó su apogeo a comienzos del s. I a.C. El reino de Meroe era famoso entonces por el esplendor de su cultura y la prudencia de sus reinas, que eran conocidas con el nombre de «candaces». El reino despertó entonces la codicia de los romanos. En el año 33 a.C., la candace Amanishakheto se negó a someterse y envió sus tropas al norte del país para desafiar a las legiones romanas. Rechazados, humillados, los romanos renunciaron

imaginable. El aventurero italiano, un médico militar a sueldo de Mehmet Alí, se dirigió al yacimiento de la capital del antiguo reino meroítico, acariciando la idea de encontrar un tesoro. A fin de cuentas, si Heinrich Schliemann había encontrado el del rey Príamo, ¿por qué no él? Siguiendo los planos y los dibujos trazados por Cailliaud –el aventurero llevaba el libro consigo–, Ferlini hizo desmantelar piedra a piedra varias pirámides, sin éxito, pero la tenacidad triunfa. No dudó en utilizar explosivos hasta dar con un tesoro fabuloso: el de la candace Amanishakheto, la más famosa de todas las candaces de Meroe ¡Amanishakheto la rebelde, Amanishakheto la arrogante! La mujer que domó las legiones romanas y permitió a su pueblo vivir en paz durante varios siglos. Ferlini vendió el tesoro a los museos



de Múnich y de Berlín, después de dejar atrás de sí –dado que su ambición superaba cualquier escrúpulo– un auténtico campo de ruinas.

Meroe siguió fascinando y atrayendo a saqueadores y aventureros, pero también a arqueólogos, que iban a salvarlo. Y a día de hoy, la mítica ciudad no ha desvelado todos sus secretos, ya que su escritura todavía no ha sido totalmente descifrada.